



FUSILAMIENTOS.—Ejecucion en el campamento ruso.

causarle intranquilidad. Iba adquiriendo confianza, cuando, cerca ya de amanecer, oyó bajo de sí al jefe de la familia y á su mujer hablar y disputar; aplicó el oído á la chimenea, cuyo cañon comunicaba con la de abajo, y oyó con espanto la voz del marido que decía:

—¿Acabemos; es preciso saber si hay que matar á los dos.

A lo cuál contestó la mujer:

—Pues es claro, hombre, á los dos!

El ingeniero no oyó más; le bastó eso para que su cuerpo quedara frio como un mármol y ni aliento tuviera para decidirse á avisar á su compañero que dormía á pierna suelta; tentaciones tuvo, sin embargo de eso, pero, ¿para qué siendo dos hombres desarmados contra seis ó siete llenos de armas?: vocear, alborotar era peor; escapar imposible; el cuarto no tenía más que una ventana, que daba sobre el corral, en que ladraban dos mastines, cuyo tamaño daba á conocer sus gargantas de bajos profundos.

Al cabo de un cuarto de hora, que le pareció un siglo, oyó que subian por la escalera, y por una rendija de la puerta vió delante al marido con un enorme cuchillo en la mano; detrás venía la mujer con un candil, los dos descalzos; y ella le decía en voz baja, cubriendo la luz con el delantal:

—Cuidado no hagas ruido.

De la primera escalera pasaron á la segunda, y por cima de la cama en que roncaba el ayudante, presentando provocativamente al matrimonio silencioso su cuello descubierto, arriando la mujer el candil y pasando el cuchillo el hombre á la mano derecha, asíó con la otra... asíó un jamon que colgaba del techo, cortó un buen pedazo y se retiraron ámbos como habian venido. La puerta se cerró, la luz desapareció y el ingeniero quedó entregado á sus reflexiones.

Por la mañana vino toda la familia á despertar á los huéspedes, como éstos lo habian encargado, y les trajeron un almuerzo bastante bueno y bastante limpio, cuya parte principal se componía de dos capones, uno de ellos para que le comieran y otro para el camino, segun dijo la mujer.

Al verlos, comprendió el ingeniero el sentido de la terrible pregunta: ¿Hay que matar á los dos? Se trataba simplemente de los dos capones, que por la debilidad de obedecer á las prevenciones habian estado á punto de causarle una indigestion prematura.

APUNTES PARISIENSES.

No hay que buscar hoy en Paris más novedad, más preocupacion, ni más interes que uno, que por el momento absorbe todas las demas: las elecciones. Ningun producto de la imprenta puede competir con la edicion del flamante manifiesto presidencial, tirada de doce millones de ejemplares, en cuyo plegado y cierre se han ocupado 600 mujeres, vigiladas por guardianes de la paz; ningun punto, destinado ó prohibido para carteles, ninguna esquina, ninguna pared apénas ha dejado de ser empapelada con aquel documento; en ningun periódico, en ningun círculo, en ninguna reunion de cuatro personas se habla de otra cosa que de la fiebre electoral que acaba de entrar en su período álgido. Los teatros mismos se van convirtiendo en ocasion de manifestaciones; que la hubiera en Burdeos con motivo de la representacion del *Mariage de Figaro* se explica; pero admira que la haya habido en la comedia francesa, á pretexto de una pieza: *Joie fait peur*, enteramente desnuda de alusiones políticas. En el momento en que una madre dice desesperada que la muerte de su hijo es indudable, puestó que el Gobierno tiene noticia oficial de ella, Mlle. Reichemverg, la contesta: «Pero el Gobierno puede muy bien engañarse;» pues esta frase tan insignificante bastó para que el público de aquel teatro, compuesto de espectadores distinguidísimos, por su posición social, y vigorosamente ajustado en trajes á los últimos decretos de la moda, batió palmas calzadas de guantes irreprochables, hasta interrumpir la representacion de la comedia. Es, pues, imposible ocuparse del Paris de estos momentos sin empezar mencionando las dos cosas que le monopolizan; los retratos de Thiers y las elecciones: la abundancia de retratos era natural el dia del entierro en que un solo vendedor de siemprevivas,

colocado en una esquina del boulevard Montmartre, en tres horas tenía que renovar 27 veces su surtido y realizaba 600 francos de la venta de ramilletes á un sueldo; pero la exhibicion de Thiers por todos los procedimientos imaginables es ya tan abusiva, que empieza á causar hastío. Aun le producen mayor la vera efigies de muchos candidatos, que se vende y se reparte gratis, grabada y fotografiada, á veces en el tamaño de un sello de correos; no hay para qué decir que la apelacion á estos recursos está en relacion con la escasez de probabilidades á triunfo del retratado.

Las elecciones están dando tambien lugar á muchas é importantes apuestas sobre su resultado, ninguna tan original como la que cierto concurrente á un círculo aristocrático, ha hecho con el baron de T., á que no se reiría ni una sola vez en quince dias, con obligacion de comer y pasar la noche en compañía de los amigos que el baron escoja. No andan los de la apuesta tan escasos de dinero como cierto individuo que, despues de haber comido copiosamente en uno de los mejores restaurants del boulevard, hizo llamar al dueño de la casa y le preguntó:

—¿Os ha sucedido alguna vez tropezar con algun pobre diablo que no tuviera con que pagar su cuenta?

—No señor, nunca, contestó el interpelado.

—Y si eso os sucediera; ¿qué haríais? volvió á preguntar el huésped.

—¿Qué diablos había de hacer! le pondría á la puerta de la calle, le aplicaría á cierta parte la punta de la bota y le recomendaría que no volviera á entrar aquí jamás.

Al oír esto el consumidor, se levantó, se caló el sombrero, volvió la espalda al dueño del restaurant, levantó los faldones de la levita, y le dijo:

—Entónces cobraos, y estad seguro de que no volveré.

En el boulevard donde se halla ese restaurant hubo la otra noche una sensacion general. A las seis de la tarde, en el momento en que acababan de encender el gas en el *Café de Madrid*, le apagaron precipitadamente, cerraron el establecimiento y se agrupó el público, creyendo que aquello era resultado de alguna medida tomada por la policia, y tal vez general por toda la línea de los boulevares: la sospecha no era enteramente desnuda de precedente. La historia del *Café de Madrid* está llena de peripecias; al principio, es decir, el año 37, se titulaba *Grand Estaminet de Paris* y era el punto de cita de todos los actores, que el año 50 le abandonaron para reunirse en el café de *Varietés*, recién fundado entónces; remplazaron á éstos los escritores, periodistas y gente política, en cantidad y calidad tal, que no había exageracion diciendo que Francia está pasando hace ya años por las manos de la clientela en el *Café de Madrid*. El año 55 se multiplicaron en la prefectura de policia los avisos sobre la abundancia y la violencia de discursos que allí se pronunciaban de mesa en mesa, y el prefecto adoptó una medida original. A las cinco de la tarde, cuando los concurrentes habituales acudieron á tomar su acostumbrada taza de café, se encontraron sentados, en la primera mesa colocada en la acera, dos sargentos de villa jugando al dominó; en la siguiente otra pareja; otra en la tercera, y lo mismo en cuantas había en el café; no hay para qué decir que los parroquianos apelaban á la fuga á medida que iban llegando y enterándose de aquella invasion; solo uno, Pelloquet, se atrevió á pasar las líneas de ocupacion, se adelantó calmoso y flemático hasta llegar á la última mesa, y dirigiéndose, con la más amable de sus sonrisas, á los sargentos de villa que ocupaban la última mesa en el fondo del café, les dijo:

—Permitidme que os interrumpa, para manifestar mi admiracion por la destreza con que jugais esta partida: ¿me permitiríais tomar parte en la siguiente?

—¿Pues nol contestó un cabo segundo; con muchísimo gusto.

A las dos horas Pelloquet había gravado los fondos secretos de la prefectura con el importe de 17 botellas de cerveza, ganadas á los compañeros de juego.

Desde aquella época, el *Café de Madrid* se halla en decadencia: así y todo, con esos antecedentes se explican los comentarios á que dió lugar su momentá-

nea clausura, causada por la muerte repentina de la mujer del dueño del establecimiento.

Otra muerte, y no natural, está llamando estos dias vivamente la atencion pública: en el bosque de Fontainebleau se ha encontrado un hombre en camisa, con el rostro destrozado á taconazos y en un estado avanzado de putrefaccion: se hallaba tendido y en una espesura, á la orilla de un sendero estrecho: una herida horrible en el cráneo, á la altura del occipuz, hace sospechar que fué asesinado con un martillo. El más profundo misterio envuelve hasta ahora este lúgubre drama: el asesino se ha esmerado en desfigurar bárbaramente á la víctima, para que no pueda ser reconocida; pero el miserable dejó en el sitio del crimen dos objetos importantes, que están sirviendo de brújula á la policia: la corbata, color de rosa, de la víctima, y la marca M. L. en la pechera de la camisa; ¡siempre se olvida algo! Lo singular es que el hallazgo del cadáver no haya despertado aún sospecha alguna en los parientes y amigos que aquel desgraciado había de tener; por de pronto, se conviene en que no era del país en que ha sido asesinado. Si es cierto que en todo asunto misterioso hay que preguntar quién es ella ¿no podría suceder que la víctima sea de Paris, y que por medio de una cita se le tendiera el lazo que le llevó á morir á Fontainebleau?

Como aún no han renunciado los pueblos á la costumbre de ventilar sus cuestiones por medio de las armas, la preocupacion constante sigue consistiendo en resolver lo más completamente posible el problema de matar el mayor número de enemigos que se pueda: sabida es la aficion que los ciudadanos franceses, grandes ó pequeños, tienen á ser ó parecer soldados, y el entusiasmo con que desde la más tierna edad los patricios defensores de la patria se arreglan sus uniformes, cuando ménos de coronel, para mandar, sable en mano, batallones imaginarios; no hay pues, que extrañar la asiduidad con que los alumnos de los colegios se dedican en estos momentos al manejo de las armas, que para ese fin se han fabricado con arreglo á un modelo sencillo y económico. Pero hay que contar con que Alemania, por su parte, tiene mucho más; lleva la instruccion militar á todas las escuelas y da á los maestros condiciones de verdaderos instructores, en academias expresamente organizadas para este fin.

En cambio, no necesitó adiestrarse en el manejo de las armas cierto individuo, que pasando por el boulevard recibió un pisoton de otro, á quien llenó á voces de invectivas y de injurias, llamando la atencion de todos los que pasaban: iba el insultado á contestar, cuando, no bien desplegabá los labios, le interrumpió el hombre irascible diciéndole:

—Es inútil que me contesteis; no oiré una sola palabra, porque soy sordo absolutamente.

ASHAVERUS.

INSTRUCCION.

FRUTOS DEL ESTUDIO.—El estudio suple á la exterioridad del entendimiento, multiplica las ideas y las hace más variadas, más claras y más vivas. Nacemos en las tinieblas de la ignorancia, y una educacion descuidada añade á ella muchas ideas falsas y muchas preocupaciones. El estudio disipa los errores y conduce al conocimiento de la verdad; da al pensamiento y al criterio justicia y exactitud; acostumbra al orden y á la regularidad en todos los asuntos; presenta por guías y modelos á los hombres de más claro entendimiento y de vida más ejemplar; incita á imitarlos, y, por tanto, pone en camino seguro para llegar de la oscuridad á la luz.

La utilidad del estudio no se cifra en lo que se llama ciencia, sino que ademas da capacidad superior para todos los negocios y todas las ocupaciones; desarrolla el amor al trabajo; contiene y fija la ligereza de espíritu; vence la aversion á la vida sedentaria y laboriosa; llena útilmente los ocios del dia, que tan fastidiosos son para algunas personas, y proporciona medio de juzgar con exactitud lo que se ve, lo que se oye y lo que se lee, así como de hacer más útil y más agradable la conversacion.

INDUSTRIA.

CONTRA LAS EXPLOSIONES. Desde la invención de la máquina de vapor se la han ido pidiendo sucesivamente diversos y multiplicados servicios; el progreso ha empleado sus funciones para multitud de usos. La máquina tiene, sin embargo, dos enemigos inherentes á su naturaleza, que la ciencia no ha podido vencer de un modo definitivo: el tártaro del generador y el desgaste de las piezas mecánicas en contacto con el vapor. El primer enemigo, el tártaro, es fatal, porque cada vez que se evapora agua, resulta un depósito mineral, un sedimento que va formando una capa interna al generador y aislando el agua del metal. En esta situación, hay que calentar el agua del generador á través del tártaro, mejor ó peor conductor del calórico, de lo cual resulta un gasto exagerado de combustible y peligro de explosión, porque, á consecuencia de la dilatación, no homogénea, si hay ruptura de la capa de tártaro, al llegar el agua hasta el metal, á veces rojo, no pueden calcularse las consecuencias de este súbito contacto; y no hablamos aquí ni de las fugas que tienen por causa la capa tartárea, ni de otros accidentes comunes; esto, sin contar con la necesidad de reparaciones en las piezas mecánicas que se hallan en contacto con el vapor.

Preténdese haber hallado remedio á todos estos inconvenientes por el descubrimiento del tartrífugo, que se funda en un principio eficaz sobre el vapor y el agua en el uso de un producto que suprime el tártaro del generador, resolviendo un problema económico importante, á saber: producir con una cantidad determinada de carbon otra también determinada de vapor, y con este vapor una cantidad dada de fuerzas útiles; en una palabra, hacer de una máquina de vapor una cosa matemática, economizando combustible, no teniendo que calentar el agua al través de la capa de tártaro, facilitando la producción de vapor, ahorrando las reparaciones en proporción á los motivos de desgaste, y haciendo que la máquina dé el máximo de su fuerza sin que en ella haya peligro: tales son los resultados que se atribuyen al tartrífugo; sin darlos como seguros y comprobados, parecen, sin embargo, bastante importantes para que en ellos se fije la atención.

HIGIENE.

NICOTINA. Un químico belga ha descubierto que la proporción de nicotina que contiene el tabaco varía mucho, según su procedencia: el que se produce en Francia contiene muy cerca de un 8 por 100, mientras que en el de la Habana sólo se encuentra el 2. Para preservarse de los efectos de este alcaloide, el químico aconseja á los fumadores que pongan en el tubo de la pipa y en la boquilla de los cigarros un poco de algodón en rama empapado en una mezcla de ácidos tánico y cítrico; de este modo, al pasar el humo al través del algodón, dejará en él la nicotina.

TABACO. La sociedad contra el abuso del tabaco ha abierto un concurso, ofreciendo un premio de 100 francos al maestro de instrucción primaria que presente la mejor Memoria señalando los medios de evitar en la juventud los peligros del uso prematuro del tabaco; un premio de 200 francos al médico que relate el mayor número de observaciones interesantes é inéditas acerca de los efectos del tabaco; un premio de 300 francos al autor de la mejor Memoria relativa á la influencia del tabaco sobre los estudios, señaladamente en los liceos y las escuelas especiales, civiles y militares. Las Memorias deben ser dirigidas ántes del 31 de Diciembre.

LA TÍISIS.—En la Academia de Medicina de París se ha leído recientemente una interesante Memoria sobre las medidas de higiene pública, propias para disminuir la frecuencia de la tísisis: su autor, M. Lagneau, demuestra que hoy, como á principios del siglo, la tísisis constituye en la estadística de mortalidad general nada ménos que una quinta parte, y prueba, contra lo que hasta de ahora se había dicho, que los fallecimientos tísicos masculinos, exceden en una octava parte á los femeninos.

Después de recordar que la tísisis se manifiesta en todos los climas, calientes ó fríos, M. Lagneau ha insistido en la inmunidad tísica, demostrada en los

Alpes, los Pirineos, las cordilleras grandes, la meseta de Méjico, y en ciertos países septentrionales, como la Islandia, las islas Hebridias, cierta parte del Noroeste de Escocia, del Norte de la Noruega, etc.

Varios autores han pretendido que el frío podría considerarse, hasta cierto punto, como preventivo de la tísisis; Lagneau hace notar que los países citados difieren en la mayor parte de las condiciones atmosféricas, salvo bajo el punto de vista de la temperatura; el frío, pues, no puede ser considerado como preventivo de la tísisis, puesto que esta enfermedad es frecuente en Christiansand, á los 62 grados de latitud, con una temperatura media de 4 á 5, y no es tampoco muy rara en Groenlandia.

Si no se puede explicar por las influencias climatológicas la ausencia ó frecuencia relativa de la tísisis en los diversos países, tampoco se explica mucho más por la miseria ó la insuficiencia de la alimentación.

En Francia, como hace observar Lagneau, el departamento del Norte, es donde son más numerosas las enfermedades del pecho; precisamente donde los salarios son más elevados y el consumo de pan más considerable: lo contrario que en el departamento de Morbihan, donde la proporción de los exceptuados de la tísisis es de más consideración.

Recordando que se desarrolla principalmente en los obreros en bisutería y encajes, los sastres y los zapateros; señalando lo frecuente que es en los soldados acuartelados, y haciendo notar, que si el departamento del Norte es de los más castigados por las enfermedades de pecho, también es de los que ocupan mayor número de personas en la industria, mientras que el de Morbihan, donde ménos tísicos hay, es uno de los ménos industriales de Francia. Lagneau deduce, que la tísisis se desenvuelve principalmente en las personas que viven encerradas, acuarteladas, dedicadas á ocupaciones sedentarias, en actitudes viciosas que perjudican en la libre función de los órganos respiratorios; que para prevenir el desarrollo de la tísisis se necesita, no sólo una renovación constante de aire libre, caliente ó frío, seco ó húmedo, á una presión barométrica, baja ó elevada, sino también que por medio de ocupaciones activas; este aire, ampliamente inspirado, penetra profundamente en los pulmones. El aire parece ser el mejor preventivo de la tísisis.

M. Lagneau pide que se creen gimnasios gratuitos; que se funden premios para estimular los ejercicios corporales; que se abran cursos gratuitos de canto; que se formen sociedades corales; que se establezcan pequeñas y numerosas casas agrícolas bien situadas, bien ventiladas, sea en el litoral, sea en montañas más ó ménos elevadas, para recibir á las personas delicadas con predisposición á la tísisis; que se encargue á los Consejos de Sanidad y á los de Policía urbana la prohibición de la aglomeración humana en los talleres, y la exigencia de aire y luz en todas las nuevas casas en construcción; que se extiendan á las bordadoras y encajeras y á los obreros jóvenes que trabajan prematuramente y con demasiada asiduidad á domicilio, la vigilancia autorizada por la ley, relativamente al trabajo de los niños en las manufacturas; que se aumente el tiempo de los recreos y ejercicios físicos en los colegios y pensiones; que se recompense á los alumnos más ágiles y más diestros; que se sustituyan á los cuarteles urbanos, tan fatales para la salud del soldado, campamentos rurales, donde no se le retenga más que el tiempo necesario para su instrucción militar, evitando así la ociosidad y la vida de guarnición.

VIAJES.

AVENTURAS PELIGROSAS DE UN MARINO.

(Continuación.)

V.

Tres mil casas, próximamente, formaban la villa de Kontar, que contenía 10.000 habitantes, guerreros y jefes, casi exclusivamente; sólo ellos tenían derecho de vivir en aquella población, la más bella, aunque no la más numerosa del reino; la casa más humilde tenía tres pisos, rodeados de balcones; las de los altos dignatarios contaban cinco y seis; el palacio del rey, siete. Los balcones estaban contruidos con esmero; el aspecto general de

la ciudad era agradable, por más que las calles fuesen de tal manera estrechas, que no se podía circular por ellas sin dificultad, pequeño inconveniente, por otra parte, puesto que estaba prohibido, ser ni parecer falto de tiempo y afanado.

Mientras se me hacía saber la voluntad del rey respecto á mí, me hospedaron en casa de un jefe de mediana importancia, cuya casa tenía tres pisos: el pavimento estaba cubierto de esteras hábilmente tejidas, y las paredes de plumas y pieles de colores brillantes; banquetas talladas formaban todo el mobiliario, sirviendo á la vez de camas y sillas.

El piso tercero estaba reservado á las mujeres, y en el segundo se comía. Cuando los convidados se hallaban sentados en el suelo sobre esteras, traía un esclavo los manjares, ya sobre grandes hojas recién cortadas, ya sobre platos de mármol; si se quería honrar á algun convidado, el servicio se hacía de otro modo; el centro del cuarto se bajaba, y cada cual se sentaba alrededor de esta abertura, en medio de la cual estaba un esclavo sobre una escalera para recibir los platos de manos de otro, colocado más abajo, y presentarlos á los convidados, con gran rapidez por cierto.

Kayhar, que era quien me hospedaba, no tenía más que una mujer y una hija de quince años, llamada Lamlam, que me inspiró desde el primer momento una viva simpatía, por su aspecto débil y delicado; todos tres eran benévolos conmigo y me preguntaban cómo me había puesto blanco, y si existía más allá de Kontar algun otro país ademas del habitado por los kahshy, es decir, por los espíritus groseros, frase despreciativa con que designaban á los orangonoks ó tribus de la costa. Yo les hablaba de Europa, de su poder, de sus escuadras, de sus ejércitos, de la grandeza de sus ciudades; mis oyentes, sin querer contradecirme, manifestaban su incredulidad, y se separaron de mí saludándome al uso del país.

En estas conversaciones adquirí un conocimiento más profundo de la lengua y de su pronunciación.

Al cabo de una quincena de días, me condujeron ante un jefe, que, según me dijeron, gobernaba toda la región de que se extraía el oro, y que había sido llamado á Kontar por el rey para que me interrogara. Después de una larga conferencia, me volvieron á casa de Kayhar, y su linda hija pareció muy contenta al decirme que desde aquel momento en que había sido recibido por el gran dignatario, estaba salvado. Desde mi llegada á Kontar, el tiempo me había parecido corto; yo era, de seguro, el primer europeo que penetraba en aquellas regiones desconocidas, y la novedad de mis impresiones y lo extraño de la situación, me impedían ver el lado peligrroso de mi aventura. Fuí recibido otras varias veces por el gobernador del país del Oro, y á consecuencia de estas entrevistas, me anunció que el rey mismo me escucharía; me informé de si el gran padre Kogankkeou me acompañaría; el jefe no se había ocupado de él y me fué imposible volverle á ver, ni saber siquiera qué había sido de él.

Por fin llegó el gran día en que debía presentarme al rey que inspiraba tanto terror y tanta veneración á sus súbditos.

LUIS TREGAN.

(Continuará.)

LA RELIGION EN RUSIA.

La siguiente leyenda popular pinta perfectamente el carácter del aldeano ruso, y el estado muy primitivo aún de sus creencias religiosas.

SAN NICOLÁS, SAN ELÍAS Y EL ALDEANO.

Vivía hace tiempo un aldeano que celebraba devotamente la fiesta de San Nicolás, pero que descuidaba á veces guardar la de San Elías; recitaba letanías á San Nicolás, le ofrecía velas de cera, y al mismo tiempo no pensaba bastante en el otro bienaventurado.

Atravesaron un día los dos santos juntos una heredad del aldeano, y admiraban de qué manera tan prodigiosa nacía el trigo allí sembrado.

—Esto promete una magnífica cosecha, dijo Nicolás, y el dueño verdaderamente lo merece, porque es un hombre honrado y religioso que adora á Dios y reverencia á los santos.



LA REPRIMENDA.—Cuadro de Vibert.